



CAPÍTULO VII

EL COMLOT ORANGISTA



los diez minutos regresaba el mayor Campbell.

—Todo está dispuesto —dijo brevemente.— De

Vaux, como es natural, dijo que tenía derecho á la elección de armas. Sostiene que disteis un mentís absoluto á su cliente.

—¡No, no!—protestó Teddy.

—Concedido, pero fuera inútil discutir. Esta es la vieja historia del lobo y del cordero. Cuanto pudiéseris decir se convertiría en nueva contradicción, y, por lo tanto en nuevo insulto. Escogen la pistola, y nos hallaremos en el llano de Battersea mañana á las siete de la mañana.

—¡Mañana por la mañana!—exclamó Teddy con aire de desencanto.

—Si; no podía pedirles que aguardasen más tiempo.

—¡Más tiempo! ¡Al contrario! ¿Por qué no nos desafiamos esta tarde?

—Porque esta tarde nos incumbe otra misión. Deseo que os vengáis conmigo al Parlamento.

Teddy abrió desmesuradamente los ojos.

—¿A qué fin?

—Lo sabréis en seguida. Pero quisiera que antes me refiriérais lo ocurrido en casa de Sturmer.

—¡Ah, cierto que no os lo dije! Ahora me doy cuenta de que todo ello no ha sido más que un intento de sondeo. Dijisteis que Sturmer quería adueñarse de mí, y no os equivocásteis.

Teddy relató lo ocurrido en casa del barón, y observó que su amigo, que le escuchaba atentamente, no demostraba gran sorpresa.

—Lo que yo supuse—observó Campbell, cuando Hervey hubo terminado.—El complot orangista colea todavía.

—¿Qué complot es este?

—No estáis enterado, ya me lo figuraba. Supongo que el año pasado apenas recorreríais el abecé de la política. Y además, se procuró en seguida echar tierra al asunto, aunque de todos modos el caso fué objeto de una discusión en el Parlamento, y puede decirse que es del dominio público.

—Explicaos. Todo eso es para mi terreno virgen—dijo Teddy con interés.

—Algo habrá llegado á vuestros oídos de la existencia de una sociedad orangista. No sé dónde debió de originarse, pero, con todo, parece haber sido una sociedad secreta, nacida en Irlanda, patria de las tramas clandestinas. Constituía una organización ultraprotestante, que por consiguiente adquirió una modalidad ultra-tory. Vuestra familia es tory, lo sé—añadió Campbell en tono de súplica conciliadora—y la mía es whig, pero no por ello debe suponerse objeto de prevención alguna.

—Querido amigo—exclamó Teddy indignado—no he supuesto nada parecido. A mí no me place vuestro gobierno, pero aquí no se trata de minis-

tros, se trata de lealtad. Tory ó whig, defendiendo el derecho de la princesa, y creo que hará lo mismo todo hombre honrado de cualquier partido.

Campbell le tendió la mano, y los dos amigos se dieron un apretón que valía por media docena de juramentos.

—Perfectamente. Prosigo mi relato. El duque de Cumberland fué elegido gran Maestro de la orden orangista, y en pos de él ingresaron allá todos sus amigos. Al frente de las logias irlandesas creo que figuraba Londonderry, y lord Kenyon fué vice-gran Maestro; alistáronse tras ellos lord Chandon, hijo del duque de Buckingham, y Winford, y otros, que eran legión. El obispo de Salisbury era el prelado de la orden. De modo que se trataba de una sociedad temible. Al principio trabajaron con harta templanza, propagando las logias por el país, principalmente entre el ejército. Arrastraron á un sinnúmero de funcionarios. Creáronse logias aun en las colonias. Creo que vuestro amigo Sturmer fué en persona al Canadá y organizó allí una corpuda asociación.

Teddy escuchaba con atención vivísima. Por primera vez se le hablaba de una cuestión tan aledaña de sus propios descubrimientos.

—Naturalmente, por ser yo whig, prescindieron de mí, pero más de la mitad de nuestros compañeros ingresaron en la logia.

Teddy no pudo contener una exclamación.

Había penetrado súbitamente la relación que existía entre esas particularidades y las alusiones que en su coloquio secreto hicieron á los oficiales de la guardia Sturmer y lord Londonderry.

Campbell le miró con aire interrogativo, y continuó diciendo:

—Finalmente, los radicales se enteraron vagamente de lo que ocurría y se alarmaron. No sé si por inspiración del gobierno, en la Cámara de los Comunes se atacó á la sociedad orangista. Hume presentó una moción pidiendo que se destituyera á los magistrados que resultasen miembros de la orden, y lord Russel presentó al Rey un memorial rogando la destitución de las sociedades que solo admiten á sus individuos bajo

fe de juramento. O'Connell habló de levantar un ejército de católicos leales. En una palabra: se llegó á tal exacerbación, que se aguardaban altas acusaciones.

—¡Altas acusaciones!

—Sí, contra el duque de Cumberland. El conflicto terminó con una declaración que hizo el duque desde su escaño, en la Cámara de los Lores, anunciando la disolución de la Orden.

—¿Pero por qué, veamos? Debíó de haber cosas harto más graves.

Campbell levantó los hombros:

—Os he dicho cuanto de público se supo. Lord Londonderry declaró que al objeto de la sociedad era enteramente inocente, y el príncipe se expresó en igual sentido. Pero está fuera de duda que los acusadores entendían que el fin real de la sociedad estribaba en apoyar la candidatura del duque de Cumberland al trono.

Dos días antes, semejante idea hubiese hecho sonreír á Teddy, y por nada del mundo la hubiera tomado en serio. Pero, oída la argumentación de Sturmer, la cual, á pesar de

todo, le había impresionado de veras, ya no dudaba de la existencia del proyecto de que hablara Campbell. Pero ¿cuáles eran sus probabilidades favorables de realización? Tal era la pregunta que debía formularse en el momento actual.

—¿Creéis que el duque siga alimentando este pensamiento? — dijo Teddy.

—Sí, y opino que sus partidarios son más numerosos de lo que la gente sospecha. Creo que la supuesta disolución de las logias fué una farsa y que los miembros de la orden andan estrechamente unidos. No lo dudéis; nos hallamos sobre la pista de una peligrosa conspiración, cuya gravedad aumenta por la ignorancia en que de ella viven los más amenazados.

—¿Pero cuál suponéis que va á ser su plan? Porque me parece que la nación no consentiría que la reina fuese destronada tan llanamente.

—¿Qué entendéis por nación? Cier-to que no lo permitirían los reformistas como estuviera en sus manos, pues andan convencidos de que una reina moza les permitiría llevar á

cabo sus anhelos. Pero al otro bando, al partido de las nobles familiastorys que gobiernan el país de cincuenta años acá, no le detendría la necesidad de un desvío de sucesión, si se convenciese de que ello le aseguraba el éxito y le permitía aplastar al partido democrático.

Teddy inclinó la cabeza; pertenecía á una de las familias á que aludía su amigo, y el reproche le hería vivamente.

—Pues bien—añadió—no soy más que un muchacho, pero voy á hacer cuanto sepa para demostrar que no todos los torys son desleales. Iré con vos á ver á Melbourne, y se lo diré todo.

—¡Soberbio!

Levantáronse los dos amigos; y saliendo del cuartel, cogidos del brazo, tomaron á buen paso la dirección de Westminster.

Muchas calles de aquellos tiempos fueran reputadas hoy una ignominia para la metrópoli. Mal empedradas y peor iluminadas, las infestaban por lo común bandas de alborotadores y de camorristas ebrios á los cuales eran incapaces de tener á raya

los escasos agentes desparramados por la urbe. Formaban á veces en aquellas bandas muchachos de buenas familias, licenciados en la Universidad y trajeados á la moda; y con frecuencia ellos eran los más groseros. Nuestros amigos dieron dos veces en su camino con disputas. En los barrios más pobres que debían atravesar, abundaban los despachos de espirituosos, de donde surgía, por las noches, el vaivén de los borrachos.

Cambiaron miradas de disgusto al pasar ante la puerta de uno de esos establecimientos del cual salían dos mujeres notoriamente bebidas.

Campbell tomó la palabra.

—¿Es posible que en el siglo de las luces, á pesar de todos los descubrimientos y progresos aparatosos nada se realice en pró de la dignificación de la calle, y para realzar la existencia de esas criaturas miserables?

—¿Podría hacerse algo en tal sentido?—preguntó en tono ligero su joven amigo.—¿Podéis impedir á la gentuza que se emborrache?

—¡Pobrecillos!—exclamó el otro

gravemente.—Mucho cabría hacer, si no para impedir la borrachera por lo menos para dificultarla. Por ejemplo, podría ordenarse el cierre de esos establecimientos á una hora determinada é impedir á los vendedores que expendiesen bebidas á los consumidores ya borrachos.

Teddy volvió la cabeza para contemplar á su compañero. Creía sinceramente que éste hablaba en broma.

—¡Qué ideas tan raras, Campbell! ¿Os proponéis trastornar el orden de la sociedad?

Y respondió Campbell sesudamente:

—Cierto, Teddy, me lo propongo. No se llevará eso á cabo subitamente, sino de un modo gradual. Voy á deciros por qué figuro entre los muchos que aguardan llenos de esperanza el advenimiento de la princesa Alejandrina. Creo que ella inaugurará una era nueva y más perfecta. Nuestra época intemperante, grosera, de inmoralidades flagrantes, de cinica independencia con respecto á la religión y la virtud, declina ya. Del nuevo reinado

de una delicada niña, á la educación de cuyo elevado espíritu presidieron las más nobles influencias, ¿qué no podemos esperar? Tengo suma confianza en una sana y dilatada transformación. Creo que la nación modificará su conducta, y que el ejemplo de una Corte pura y honrada cuyos fulgores penetren todas las categorías y todas las clases sociales, la renovará de tal suerte que nuestros hijos recordarán con sorpresa y horror la depravación pública y privada que vos y yo nos acostumbramos á considerar como el orden natural de los acontecimientos.

Un si es no es aleccionado por el peligro que pendía sobre su cabeza, Teddy se hallaba harto mejor dispuesto que en cualquier otra ocasión para oír ese discurso. Por vez primera comprendía que realmente tomaba parte en una crisis histórica, y que en aquella lucha secreta por la corona andaba en juego algo más que una mera cuestión de derechos personales.

Abismóse cada cual en sus propias reflexiones, y anduvieron en silen-

cio hasta llegar delante del palacio de Westminster, ó de los restos del célebre edificio, en los que aun se advertía el rastro negro del incendio.

La construcción destinada á reemplazar la capilla de San Esteban no estaba aún concluida; la Cámara de los Comunes, que el incendio habia dejado sin hogar, halló un asilo en la antigua Cámara de los Lores, arreglada á toda prisa para recibirles. Los Pares, privados á su vez de su morada, reuníanse en la Cámara Pintada.

A medida que se acercaban á ésta, dedujeron los dos oficiales por la obscuridad reinante que los miembros de la Cámara Alta se habian separado para volverse á reunir por la noche. Pero la claridad radiante que reinaba al otro lado demostraba que los Comunes se hallaban aún en sesión, pues no sufrían todavía el espantajo de la clausura, la suspensión de media noche y otros horrores de una época ulterior.

—Lord Melbourne podría perfectamente hallarse en su despacho—observó Campbell.—Vamos á entrar y lo preguntaremos.

Y penetraron en el edificio. Un portero anunció que el primer ministro, ocupado á la sazón en su despacho, no tardaría en recibirles.

Entraron en una de las salas de espera; en el mismo instante, un hombre de elevada estatura, de gran presencia, pasó junto á ellos llevando una cartera encarnada bajo el brazo y dirigiéndose al gabinete de lord Melbourne. Se alegre sonrisa, y su mirar osado causaron tan buena impresión á Hervey, que le movieron á preguntar:

—¿Conocéis á ese personaje?

El mayor hizo un signo afirmativo.

—Es el ministro de Negocios Extranjeros, lord Palmerston.

Hervey pareció cobrar interés. Muchas veces habia oído hablar de aquel personaje, tan notorio en el mundo político de la época aunque el abismo que dividía á la sociedad entera en dos partidos, whig y tory, le hubiese impedido hallarle.

—Le creo muy avisado, pero sin grandes principios—añadió Campbell.—Hace tiempo que está en el ministerio pero no tiene, según dicen, ninguna influencia real. No se

le toma en serio, y los radicales desconfían de él porque da pruebas de un entusiasmo muy moderado en orden á las reformas. De todos modos, es un excelente orador parlamentario, y muy enterado además de los asuntos continentales. Puede alcanzar mejor fortuna; no me pasaría.

Acercáronse dos nuevos personajes cuyos aspectos presentaban vivo contraste. El primero era un hombre de prestancia vigorosa y desenvuelta, cuya característica parecía estribar, más que en la astucia, en una fuerte sinceridad. Reconociendo al mayor se detuvo y le dijo:

—¿Qué tal, Campbell? Os imaginaba á cien leguas de aquí.

—Vine á ver á lord Melbourne por asuntos del servicio—respondió el mayor.—Pero ¿no conocéis á mi compañero? El honorable Eduardo Hervey, lord Jorge Bentinck.

—Encantado de conoceros—dijo lord Jorge estrechando cordialmente la mano del oficial.—Supongo que no sois un whig diabólico como vuestro amigo.

—No, milord—respondió Hervey

sonriendo.—Soy un tory sincero y leal—añadió recalcando significativamente las palabras.

—¡No me seduce! ¡No me seduce! El tory interesante es el tory sedicioso.

Hervey volvió la cabeza.

Estas palabras habían sido pronunciadas por el compañero de lord Jorge Bentinck, que entonces se adelantó. En todos sus extremos constituía la antítesis de lord Jorge. Era joven—contaría treinta años—alto, cabeza bien dibujada y puesta en relieve por una abundancia lujuriente de bucles negros, á los cuales prestaba misterioso lustre el aceite de Macassar. Su lividez le daba un aire singular, que acentuaba aún el aspecto oriental de sus facciones. Sus gruesos ojos negros brillaban de inteligencia y sagacidad, marcando una rara oposición con su cadencia desmayada. Su vestir era exagerado y rebuscado; el chaleco multicolor aparecía estirado en todas direcciones por un sinnúmero de cadenas de oro. Media docena de anillos parpadaban en sus dedos, y los dedos acariciaban con frecuencia los cabellos

como para que resaltaran más y más las gemas que los adornaban. Su paso, como sus palabras, era afectado y desmayado.

—Permitid que os presente mi amigo—dijo lord Jorge Bentinck.—El señor Disraeli.

Los dos oficiales se inclinaron: Hervey sin más que un simple deseo de saber quién podría ser aquel desconocido, Campbell con una sonrisa sarcástica motivada por el recuerdo de los comienzos del novelista.

—Veo que venís ya al Parlamento aunque no forméis parte de él, señor Disraeli — dijo el mayor aludiendo maliciosamente á la candidatura del literato.

—Al contrario—dijo él arrastrando la voz—no estoy todavía en el Parlamento, pero hace una eternidad que formo parte de él. Soy político desde la niñez. La política, á mi juicio, es la única carrera que uno sigue con interés á cualquiera edad. La única restricción que me impongo es la de no escalar el ministerio demasiado pronto, por temor á llegar estragado á la vejez.

Campbell retrocedió azorado por

la audacia de su interlocutor. Hervey, por el contrario, se sentía maravillado y suspenso.

—Veo — dijo — que sois un original.

—Vuestra suposición es exacta, señor Hervey — respondióle — aunque no me parece que la baséis en razones suficientes. Ninguna originalidad reside en la categoría de los primeros ministros; la mayoría de ellos son hombres muy usuales. Mis pretensiones á la originalidad habrán de patentizarse en los medios que emplee para obtener mi fin. Soy por naturaleza, como reconocen todos mis amigos, un revolucionario, ó, más sencillamente, un radical.

—No, no, Disraeli—interrumpió su amigo. — Vos formáis parte, en la actualidad, de nuestra hueste.

—Perfectamente, querido Bentinck, y ello se debe á que he notado que tory ó radical, dá lo mismo.

—¿Cómo demostráis eso?—preguntó Campbell.

—Es difícil precisar la situación con una palabra; pero existe un punto común: nuestro enojo contra los whigs.

—Gracias—refunfuñó el mayor encolerizado.

—En política—continuó con mucha flema su interlocutor,—no hay más verdad que la paradoja. Los torys son adversarios de toda reforma, y ello demuestra que fueran los mejores reformados. Mi talento consiste en la sedición; de aquí que yo hallaría mi esfera propia en una aristocracia hereditaria.

—Basta, basta, Disraeli,— interrumpió lord Jorge, quien parecía dirigir á su compañero miradas de tolerancia jovial que templaban la inquietud del futuro impar (parecía un grave tío acompañando en día de asueto á algún terrible sobrino).— Campbell va á preocuparse seriamente, ved que es hijo de Escocia.

—¡Ah, vosotros los escoceses me parecéis terribles!—murmuró Disraeli—lo confieso, los escoceses son la única nación que no comprendo. Ahí tenéis á ese Gladstone, por ejemplo; si tuviese al menos la percepción del humorismo, sería un gran hombre.

—¿Quién es ese señor Gladstone?
—preguntó Teddy.

Bentinck se encargó de responderle:

—Un muchacho excelente—dijo con efusión.—Si se interesase algo más por los deportes campestres; si viniese de vez en cuando á Newmarket á cazar con los perros, pondría en él muy bellas esperanzas. Pero Gladstone es ciudadano hasta la pared de enfrente. Gladstone es un hombre muy hábil, un tory convencido, pero que nunca gozará el prestigio de un hombre de Estado verdaderamente popular.

Teddy arriesgó una proposición: —Acaso podríamos entrar en la sala, y asistir un rato á la sesión, mientras aguardamos á lord Melbourne.

—Sin duda—respondió Bentinck.—Yo mismo os conduzco allá.

—Pues, señores, os deseo muy buenas noches—dijo el señor Disraeli.—Yo no saboreo más discursos que los míos.

Y, dicho esto, se despidió de los presentes, dejando á Teddy muy complacido, á Campbell indignado y á Bentinck saboreando una impresión de reposo.

—Habla á tontas y á locas—dijo el

excelente lord Jorge,—pero es un chico monstruosamente avisado. Y, cuando le conozcáis mejor, os daréis cuenta de que tiene un corazón de oro.

Penetraron en el pequeño espacio situado tras la barrera del Parlamento, accesible á los forasteros que deseaban presenciar las sesiones, y Bentinck mostró al teniente, que manifestaba por ello sumo interés, las celebridades de la época que asistían á la sesión.

—Aquel hombrecico sentado á la diestra del *Speaker*, de nariz enroscada, es lord John, el leader de la Cámara. Es un verdadero gallo de combate en la discusión. Me hubiera gustado que tomase la palabra. A su lado se sienta Spring-Rice; á ese van á hacerle par.

Teddy buscaba con la mirada al hombre cuyo prestigio oratorio ofuscaba al de todo político contemporáneo.

—¿Dónde está O'Connell?—preguntó.

—Allá abajo, á la derecha, sentado tras el banco de los ministros. Son ahora amigos cordiales.

Teddy miró en la dirección indicada y vió la silueta corpulenta del gran tribuno irlandés, que se inclinaba para hablarle al oído á lord John Russell. Su faz dilatada y arrugada, de facciones insignificantes, no denotaba el menor talento. Teddy se volvió algo desconcertado.

—No tiene aspecto de orador—dijo en voz baja.

—¡Ah, aguardad á oírle!—replicó Campbell.

—¡Bribón! De hallarme yo investido de poder, no iba él á tomar la palabra á no ser entre cuatro paredes—dijo por vía de comentario Jorge Bentinck. Es un rebelde peligroso á quien deberían expulsar de la cámara.

Precisamente en aquel instante, el orador que estaba en el uso de la palabra denigró á Irlanda. Teddy vió en seguida transformarse la cara de O'Connell. Echóse sobre el respaldo de su asiento, se hundió hasta los ojos el enorme sombrero, y sus facciones se encendieron poco á poco; sus labios se contraían convulsivamente, sus uñas parecían hundirse en la palma de la mano.

Prosiguió el orador. Empezó denunciando el movimiento que él describía como una agitación ilegal. Habló de cierta personalidad, aludiendo claramente á O'Connell en términos amargos é injuriosos; según él, O'Connell era el corruptor de sus compatriotas, el enemigo de su soberano, el servidor de su exclusiva ambición personal. Toda la Cámara dirigía al colega, tanrudamente combatido, miradas de enojo que venían á subrayar cada una de aquellas frases. O'Connell hundió aun más el sombrero en su cabeza, y en sus ojos entreabiertos comenzó á brillar una expresión feroz.

Por fin el orador volvió á sentarse. Dos ó tres miembros se levantaron al punto para atraer la atención del *speaker*, y hacer que les otorgaran la palabra, pero la Cámara no quiso oírles. Doquiera repercutían los gritos de — ¡Responded, responded, O'Connell! — Los diputados que se habían levantado volvieron á sus lugares, y el gran irlandés surgió lentamente levantado su poderosa estatura sobre todos sus colegas.

Empezó harto sencillamente, fin-

giendo una timidez que halagó á la Cámara. Al cabo de algún tiempo hizo alusión al orador que le había atacado, pero con tal donaire que todo el mundo se echó á reír. La desdichada víctima de tales pullas se encogió en su banco, y pareció algo arrepentido de su provocación. Luego, cambiando súbitamente el tono, O'Connell se volvió satírico vehementemente, y lanzó sarcasmo sobre sarcasmo á su adversario, y tales golpes fueron primero oídos en silencio y luego contestados por los clamores é interrupciones de los amigos de la víctima, en tanto que los miembros irlandeses, sentados enfrente, procuraban ahogar con su gritería la de los interruptores. Protestas y aclamaciones le eran evidentemente necesarias á O'Connell, porque, de pronto, sin advertencia preliminar, abandonando la ironía, como espada vuelta á entrar en la vaina, lanzó un torrente de apasionadas invectivas que redujeron al silencio á sus contrarios. Enmudecieron los clamores, disipáronse los recelos que en la Cámara se habían acumulado; enardecido por los aplausos de sus parti-

darios, el orador se arrebató, y desencadenóse su elocuencia sobre las cabezas maltrechas de sus enemigos. De pronto, al fin de uno de sus más acerbos períodos, pudo creerse que su voz se extinguía. Hubiérase dicho, durante un instante, que su ánimo titubeaba. Todos los asistentes miraron ansiosos, expectantes... Y continuó su discurso, pero en tono tan distinto que cualquiera lo imaginara emitido por otro hombre. Habló de la Irlanda, el país de los valles siempre verdes, de los torrentes sonoros; describió la esencia de la nación en un lenguaje lleno de ternuras; detúvose en los caracteres singulares de la raza, en su antigua y dolorosa historia. Evocó á los ojos de la atenta Cámara el cuadro de una cabaña irlandesa, levantada en la vertiente de un altozano, barrida por los vientos; oíanse crujir las paredes construídas con piedras groseras, y de rendijas cubiertas con paja y lodo. Mostró á los habitantes, reunidos alrededor de un hogar donde se encandece la turba humeante, comiendo la miserable pitanza abandonada

por el procurador de un lord ausente. El cuadro era de un realismo brutal. Veíase al padre encorvado por el trabajo; á la madre, que precozmente aparecía vieja y amarilla; á los pequeñuelos, pálidos y enfermizos, estrechándose, formando un montón para procurarse el calor que no les daban los guñapos fementidos que les envolvían. Y la Cámara escuchaba, acogiendo suspensa cada sílaba, húmedos los ojos, mientras un rumor contenido traicionaba de vez en cuando la emoción reinante.

—Y he aquí—concluyó sencillamente el irlandés—la causa que me ha convertido en lo que mi honorable colega designa con el nombre de traidor.

O'Connell volvió á sentarse. Mientras resonaban frenéticas exclamaciones, Teddy se volvió hacia sus compañeros, vió á Campbell, cuyos labios temblaban; vió á lord Jorge Bentinck, en cuyos ojos resplandecía una lágrima.

Al cabo de un momento el *speaker* anunció que se procedía á la votación. Lord Jorge se levantó bruscamente.

—¿A dónde váis—preguntó Hervey.

—A votar contra ese pícaro O'Connell—respondió.—Pero, vaya si domina la palabra, ¿verdad?

En este punto, acercóse á Campbell un portero.

—Lord Melbourne está á sus órdenes, señores.

Y nuestros amigos despidiéronse de lord Jorge, y se encaminaron hacia el despacho del jefe del gobierno inglés.



CAPÍTULO VII

CUESTIÓN DE HONOR

UN hombre de cincuenta á sesenta años, de estatura regular, elegantemente vestido, de fisonomía bondadosa y sincera, estaba un poco sentado, un mucho tendido sobre su diván, con expresión de hastio aristocrático; con la diestra volvía las hojas de un libro y con la siniestra acariciaba á un perro de aguas que se amparaba en sus rodillas.

Veíanse junto á él, en una mesa, un búcaro lleno de flores, dos botellas de vino y vasos, y una tabaquera ricamente adornada; todo ello más destinado quizá al deleite de los